

tísima y el bien de la afligida humanidad. Escucha nuestros ruegos, atiende á nuestras plegarias, déjate mover de nuestro llanto. Sí, lloramos, oh padre amantísimo, porque arrancados por la huesuda mano de la revolucion del seno de nuestra madre, nos vemos huérfanos y abandonados, sin hogar ni asilo en donde fijar nuestro pié. Lloramos, porque este dia nos recuerda los días venturosos en que cantábamos tus alabanzas bajo la techumbre de nuestra amada Sion, y hoy, en medio de esta infiel Babilonia solo nos es permitido lanzar sentidos lamentos sobre los escombros del templo santo que nos cobijaba. De ti pues esperamos el consuelo en nuestra afliccion, la resignacion en nuestros trabajos, la fidelidad en el servicio del Señor, la perseverancia en la virtud, únicos bienes que pueden proporcionarnos paz en esta vida, y en la otra la bienaventuranza de la gloria.

SERMON

DE SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

TENEMOS EN SAN FERMIN UN MAESTRO DE LA VIRTUD Y JUSTICIA,
Y UN PROTECTOR PODEROSO.

Et filii Sion exultate et lætamini in Domino Deo vestro : quia dedit vobis doctorem justitiæ, et descendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum.

Y vosotros, hijos de Sion, gozaos y alegraos en el señor Dios vuestro, porque os dió el doctor de la justicia, y hará descender á vosotros lluvia temprana y tardía.

Joel, c. 2. v. 23.

Es tal la misericordia y bondad de Dios para con los hombres, que no se olvida de ellos para siempre ni los abandona en sus miserias y pecados; sino que despues que castiga como Padre, envía su bendicion y sus consuelos. Alegraos, pues, hijos de Sion, decia por esto el profeta Joel á su pueblo, despues de haberle anunciado los males con que habia de afligirle el Señor justamente irritado; alegraos y saltad de gozo, y ved que por fin lleno de piedad perdonó á su pueblo, salió á la defensa de los suyos, dejaron de ser el oprobio de los gentiles, envió abundancia de pan, de vino y de aceite, y os dió un maestro y doctor que os instruyese en la verdad y la justicia, y que lograrse que cayese sobre vosotros el rocío de la mañana y de la tarde: *Filii Sion exultate et lætamini in Domino Deo vestro : quia dedit vobis doctorem justitiæ, et descendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum.*

Nuestro pueblo, hermanos míos, gemia en la oscuridad del gentilismo y nuestros altares sostenian el inundo y execrable peso de los ídolos. Las costumbres eran correspondientes á los

dioses y al culto en que se santificaban los vicios; cada vez ofendíamos mas á Dios y estábamos mas distantes de conocerle y adorarle : no podíamos esperar sino su abandono y sus castigos; pero al fin tuvo compasion de nosotros. No podíamos conocer la verdad sin que se nos anunciase y enseñase por un maestro y doctor íntegro y puro, y para esto nos envió á san Fermin, que lleno de la sabiduría celestial nos sacase de los errores y la ignorancia. Aunque conociésemos la verdad no podríamos abrazarla ni resolvernos á seguirla sin el auxilio de la gracia del Señor, y para esto nos envió al mismo san Fermin que con sus oraciones nos alcanzase el saludable rocío del cielo.

Alegrémonos pues y llenémonos de gozo en el Señor, porque nos dió á san Fermin por maestro de la fe y de la justicia y por intercesor poderoso para conseguir las gracias del cielo. Éramos tinieblas, hijos de ira y maldicion; pero el Señor por el ministerio de san Fermin, hizo que nuestros padres conociesen la luz y abrazasen la fe que salva á las almas. Esta es la obra de nuestro patrono, el motivo de honrar su memoria y la razon que tenemos para ofrecerle nuestros cultos y manifestarle nuestra gratitud. Esta es la razon por que le veneramos con tanta alegría y le invocamos con tanto consuelo y regocijo despues de tantos siglos, y le venerarán é invocarán nuestros sucesores hasta la consumacion de los tiempos. Fué nuestro maestro y nuestro poderoso protector. Basta recordarlo para formar su elogio y encendernos en deseos de alabarle y bendecirle. Pero lo que fué durante su vida, lo es todavía y lo será para siempre. Viven sus ejemplos que deben servirnos de regla para ajustar nuestra vida; y es mas eficaz y poderosa su intercesion, reinando ya con Jesucristo en la gloria. Para que nos excitemos á honrar y á invocar á nuestro patrono os diré : que en san Fermin tenemos un maestro de la verdad y la justicia, y un intercesor y protector poderoso.

Dignaos, Señor, favorecernos con los auxilios de vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de María santísima, á quien decimos con el ángel : *Ave Maria.*

Filii Sion exultate...

Predicar la verdad, anunciar la fe de Jesucristo, exponerse

á los mayores peligros y sufrir los mayores tormentos y hasta la misma muerte por defenderla, es el oficio de los varones apostólicos, de aquellos héroes que destinó el Señor para disipar las tinieblas del paganismo, y para ser los maestros y doctores que nos instruyesen en las verdades eternas y en los caminos de rectitud y justicia. Júpiter habia robado las adoraciones de Dios vivo, y á este simulacro, alucinados los hombres por el espíritu tentador, ofrecian sus sacrificios y sus votos. El sacerdote de Jesucristo san Honesto, enviado por el santo obispo de Tolosa Saturnino, predicaba en Pamplona el Evangelio de salvacion, cuando empezaba á resonar por todo el mundo. Firmo y Eugenia le oyen por una dichosa casualidad al tiempo que iban al templo de Júpiter, y oyéndole despues con detencion en su casa, á donde le suplicaron que fuese, lograron que viniese á Pamplona san Saturnino y predicase la fe de Jesucristo que les anunciaba su presbítero Honesto. Cuarenta mil personas se convirtieron en los siete dias que estuvo en Pamplona san Saturnino, siguiendo el ejemplo de Firmo y su familia Fausto y Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad : Bendito sea el Señor de las misericordias y Dios de toda consolacion ! ; Qué gloria para nuestro pueblo estar tan bien dispuesto para recibir la semilla de la divina palabra ! ; Recibir con tanto aprecio á los enviados del Señor; derribar á los ídolos, edificar iglesias y abrazar con tanto gusto y tanta prontitud una fe que tanta resistencia y tantas persecuciones halló en otras ciudades ! Preciso era que hubiese un maestro que cuidase del nuevo pueblo ; un pastor que dirigiese al nuevo rebaño de Jesucristo. San Saturnino volviéndose á Tolosa, dejó el cuidado á su presbítero Honesto ; pero bien pronto saldrá del suelo mismo de Pamplona ; bajo la direccion de san Honesto se formará el que ha elegido el Espíritu santo para regir y gobernar aquella nueva iglesia y para ilustrarla con su predicacion, con sus ejemplos, con su vida y con su muerte.

Fermin, este niño hijo de los ilustres Firmo y Eugenia contaba diez años cuando se publicó el Evangelio en Pamplona. Sus celosos padres le pusieron bajo la direccion y enseñanza de Honesto. Bien pronto se hizo admirar por su ciencia y virtudes. Á los diez y ocho años suplía á su santo maestro, que por sus achaques y vejez descargaba en él el ministerio de la predicacion. Puede decirse que nació para anunciar y predicar á

Jesucristo, porque desde su juventud le predicó con admiración y edificación de los pueblos, y continuó predicándole hasta su misma muerte. ¿Qué pretende este esclarecido jóven en la escuela de Jesucristo, en el estudio de las verdades santas, en dedicarse al ministerio apostólico? ¿Busca los aprecio, las distinciones, los honores, las riquezas y las comodidades de la tierra? Pero ¿no puede gozarlas en su fortuna, en sus bienes y en los puestos honrosos de su familia? ¿Ignora que la persecucion, los desprecios, las molestias, las privaciones y trabajos son el patrimonio de los ministros de Jesucristo? ¿Y no lo desprecia y abandona todo por llevar su nombre y hacer que los pueblos adoren y conozcan á su Dios? Esperanzas terrenas, miras de ambicion y de vanagloria, ninguna parte podeis tener en las heróicas resoluciones de Fermin. El Señor le ha elegido para maestro y doctor de su pueblo, y le conduce admirablemente á este estado previniéndole con sus dones y gracias extraordinarias: *Dedit vobis doctorem justitiæ*. Así, y solo así puede explicarse la conducta de nuestro santo, que á los ojos del mundo aparece como una necesidad y locura.

Deseoso de perfeccionarse, pasó á Tolosa á ponerse bajo la direccion y recibir las instrucciones del obispo Honorato, sucesor de san Saturnino. Bien pronto conoció este sus extraordinarios méritos y virtudes eminentes, y dispuso conferirle las sagradas órdenes; pero eran grandes las dificultades que habia que vencer: la voluntad del mismo Fermin; la humildad profunda de este siervo de Jesucristo que conociendo el valor de la alta dignidad del sacerdocio, teme, se asusta, se tiene por indigno y pide con lágrimas no ser elevado á ella, porque no la merece, ni es capaz de desempeñarla. ¡Dichoso el que no entra por asalto, y sin ser llamado por Dios á la dignidades de la Iglesia, el que las rehusa y resiste con un espíritu de humildad y desconfianza de sí mismo! Este será un pastor vigilante y no se aprovechará de la leche y la lana de su rebaño para engruesarse, sin exponerse al peligro de ahuyentar los lobos. Fermin á instancias del obispo de Tolosa, ora, suplica, derrama su espíritu en la presencia de su Dios, investiga su voluntad, se rinde por fin y fué ordenado de presbítero, y despues fué consagrado obispo de Pamplona. Camina á ser el pastor de tu pueblo, humilde y virtuoso jóven; á ilustrar á tu patria, á ser la luz puesta sobre el candelero que alumbrá á todos los que entran

en la casa del Señor; á predicar, exhortar y anunciar oportuna é importunamente la ley de Jesucristo, á ser el doctor de la verdad y maestro de la justicia; y el intercesor poderoso que haga descender del cielo el rocío de la mañana y de la tarde. Tu pueblo te espera y recibe con ansia, y el Señor te prepara un dilatado campo en que emplear tu celo y tu prudencia.

Representaos un hombre enteramente entregado á los trabajos de su ministerio apostólico, en aquellos tiempos en que era preciso formar el rebaño de Jesucristo de entre los mismos infieles y apacentalre sin descanso; que léjos de evitar las tareas, las busca y aumenta cada día; un hombre cuya caridad se extiende á todas las condiciones, pero que no busca sino su salud espiritual, el que no perezcan en las tinieblas y el error, sin que mueva su celo la fortuna y prosperidad de unos, ni le entibie la indigencia, pobreza y miseria de otros á quienes busca, consuela y alivia con tanto mas gusto y esmero cuanto mayor es su necesidad y abatimiento; que no ve en los demas hombres, sino almas redimidas por Jesucristo, á quienes desea ganar y que esta encargado de ganar para Jesucristo; un hombre á quien la opresion y el cansancio, los peligros, los rigores de las estaciones, los caminos y las continuas molestias, fatigas, falta de descanso y de alimento, son nada cuando trata de anunciar la ley de verdad y justicia y llevar la luz á los pueblos; un hombre á quien no detienen las calumnias, las burlas, los insultos, los desprecios, las contradicciones que la envidia, la falsa sabiduría del mundo, el infierno irritado le levanta por todas partes; á quien no asusta ni detiene la misma muerte para dejar de anunciar la fe del Crucificado; y tal es san Fermin desde que fué consagrado obispo. Recorrió toda su diócesis, arruinó muchos templos, hizo pedazos los ídolos; el error y la idolatría parece que huían de su presencia, y muy pronto las faldas de los Pirineos en que no se habia oído todavía el nombre de Jesus, se vieron cubiertas de cristianos fervorosos. La Navarra es estrecha para el ardor de su celo; quisiera hallarse en todas partes y que no hubiese pueblo alguno que no reconociese y adorase al verdadero Dios. Deja en todas partes suficiente número de sacerdotes instruidos por él mismo y elegidos de entre los más fervorosos y llenos de celo, á quienes encarga el cuidado y régimen de los convertidos, y penetra en la Francia, donde los cristianos eran furiosamente perseguidos,

para esforzarlos, sostenerlos, animarlos, y morir si era la voluntad del Señor en defensa de su fe. Llegó á Agen, pasó á la Auvernia, á Augers. En todas partes predicaba á Jesucristo con una intrepidez admirable y sin temor á los peligros; disputaba con los gentiles, los hacia ver la locura y los errores del paganismo y ponía de manifiesto la divinidad de nuestra religion; hacia grandes y maravillosas conversiones, y animado con sus conquistas emprendía nuevos trabajos; apénas ganaba un pueblo para Jesucristo, cuando se encaminaba á otros á anunciarle con igual fervor. Los peligros eran grandes, las molestias sin número; Fermin caminaba desprovisto de todo socorro humano, no experimentaba sino malos tratamientos de los paganos para aumento de sus fatigas, á todas horas llevaba expuesta su vida así en los pueblos como en los caminos; no podia prometerse sino morir á manos de los enemigos de Jesucristo, y sin embargo ningun estorbo era capaz de detener su celo, nada era bastante para poner límites á su fervor. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía en que con razon puede llamarse el apóstol de aquellos pueblos. Sabe que en el Beauvais eran cruelmente perseguidos los cristianos y se dirige allá deseoso de consumir sus trabajos con el martirio. Denunciado al presidente Valerio, fué encerrado en una prision y afligido con malos tratamientos. Los mismos ciudadanos le pusieron en libertad á la muerte del presidente, y predicó la fe de Jesucristo con tanta libertad y con tanto fruto, que se edificaron muy pronto muchas iglesias. Con igual celo pasó á la Picardía y la recorrió toda y una gran parte de los Paisés Bajos, hasta que entró en Amiens. Tres mil personas convirtió en los tres primeros dias que predicó. El gobernador le llama, le oye, le admira y le deja ir libre; pero en la plaza misma, á las puertas del pretorio predica de nuevo la ley de Jesucristo, y el gobernador se ve precisado á ponerle en la prision: al dia siguiente, temeroso de que el pueblo se inquietase y deseoso de complacer á los gentiles, mandó que le degollasen en la cárcel. Recibió la corona del martirio y pasó á recibir el premio de sus trabajos. Fué el maestro de la verdad y la justicia, que llevó la luz de la fe á muchos pueblos, y lo es todavía, porque viven y vivirán para nosotros sus ejemplos, y no podremos recordar que somos cristianos sin confesarnos deudores al que con tanto celo instruyó en la fe á nuestros padres y plantó la religion en la Navarra.

Viven sus ejemplos: aquella caridad ardiente, aquel generoso desprendimiento de los bienes de la tierra, aquella abnegacion de sí mismo, aquella humildad, aquella oracion continua y fervorosa, aquellas austeridades con que afligia sus inocentes carnes... No, no eran los discursos de una elocuencia mundana y de una ciencia que se aprende en el estudio, los medios con que san Fermin convertía á las almas y encendia en los pueblos la luz de la fe; lo eran sí, su modestia, su caridad, su paciencia, aquellas penitencias con que se afligia para aplacar al Señor, aquellas oraciones con que se humillaba en la presencia del Dios vivo y pedia por la conversion de todos, aquella vida irreprochable contra la que nada podian decir los enemigos de Jesucristo, aquellas costumbres tan ajustadas y tan en armonía con la ley que anunciaba á los demas, aquel conjunto de virtudes á cuya elocuente persuasion es tan difícil resistirse, y que si bienes propio de los varones apostólicos, podemos y debemos procurar tener todos los cristianos.

San Fermin predicaba y se convertían los pueblos, porque era un justo á quien nada negaba el Señor, porque oraba y eran despachadas sus súplicas, predicaba y no habia quien pudiese resistir á la edificacion de sus palabras; los ídolos iban por tierra y caían hechos pedazos á sus piés; los demonios salian de los cuerpos al imperio de su voz, ó con solo ponerse delante san Fermin; las enfermedades desaparecian con la influencia poderosa de su bendicion, el poder de Dios parece que se habia trasladado sin límites á las manos de su siervo, y así eran sin número las maravillas y milagros que obraba en todas partes, haciendo caer sobre los pueblos el rocío saludable de las divinas misericordias. *Dedit vobis doctorem justitiæ, et descendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum.*

No temamos pues, hijos de Sion, alegrémonos: todos los que nos gloriamos de reconocer á san Fermin por nuestro patrono, saltamos de gozo y llenémonos de un santo recocijo, porque si fué tan benigno y compasivo, tan misericordioso, y estuvo tan lleno de poder miéntras vivió en la tierra de los peligros y miserias, hoy que vive en la region de las dichas indefectibles, en el reino de Dios en que no se conoce el llanto, la tristeza, ni la desgracia; hoy que como ministro fiel de Jesucristo está sentado con él en la gloria, ¿cuántas gracias y beneficios no podrá alcanzarnos del Señor? ¿Qué pedirá para nos-

otros que el Señor no le conceda? Solicito siempre de nosotros aun en medio de su eterna felicidad, ¿cómo podremos dejar de reconocer en nuestro patrono un intercesor y protector poderoso en la gloria, que sirve de canal para comunicarnos las gracias de Dios y para que descienda sobre nuestros pueblos el rocío saludable de los cielos?

Falta, hermanos míos, que nosotros le reconozcamos también por nuestro doctor y maestro. Que vivamos según la ley santa de Jesucristo, que nos anunció, y según los ejemplos de virtud que descubrimos en su preciosa vida; que no injuriemos su memoria y confiemos temerariamente en su protección, teniendo unas costumbres que no pueden agradarle, y por las que nos reprendería severamente, y nos reprende con sus ejemplos; que no solo seamos justos y cumplamos los deberes de cristianos que somos por la gracia del Señor, sino que procuremos que lo sean todos, ardiendo en el celo y amor de Dios de nuestro patrono, y exhortando á todos á la virtud y santidad con una vida pura y unas costumbres que repriman, reprendan y condenen los vicios como discípulos fieles de san Fermín.

Glorioso patrono y abogado nuestro, como intérprete de los sentimientos y afectos de tantos pueblos que os reconocen por su especial patrono y de los de todos vuestros devotos, recibid la voluntad que tenemos de alabaros, de hacer públicas vuestras obras de bendición, de transmitir vuestra grata memoria á las generaciones venideras para que los hombres os bendigan y alaben hasta la consumación de los tiempos. Recibid estos obsequios en prueba del amor que os profesan nuestros corazones, y la alabanza de vuestras virtudes que nos gloriamos en hacer saber á nuestros descendientes, así como nuestros padres nos las comunicaron llenos de gozo y complacencia. Continuadnos vuestros favores y sed como hasta aquí nuestro maestro y nuestro protector. Emplead vuestra poderosa intercesión con el Todopoderoso para que vengan sobre nosotros las bendiciones del cielo: la paz en nuestra patria, la unión en las familias, las lluvias y frutos de la tierra á sus tiempos, la salud corporal y sobre todo los bienes de la gracia, las costumbres inocentes y puras, la verdad, la justicia, las virtudes todas, para que viviendo según la ley de Jesucristo que nos anunciaste, gocemos después las recompensas eternas en vuestra amable compañía por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN FERNANDO, REY DE ESPAÑA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

COMO UN REY SANTO, SE GOBERNÓ SANTAMENTE Á SÍ MISMO,
ADMINISTRÓ CON JUSTICIA SU REINO Y PROCURÓ CON CELO LA
DILATACION DEL REINO DE DIOS.

Gubernavit ad Dominum cor ipsius.

Dirigió su corazón hácia el Señor.

Eclesiástico, c. 49. v. 4.

Vivir sujetándose y dominándose á sí mismo y conformándose con las leyes y preceptos de Dios y de la Iglesia, es el deber de todo cristiano y sin lo que no puede salvar su alma. Si para llenar estos deberes hallamos tantos obstáculos y dificultades en un mundo lleno de peligros, ¿cuántos hallará un rey poderoso de la tierra que no conoce otra voluntad superior á la suya en el mundo, y á quien la abundancia suministra medios para el bien y el mal, y los multiplicados negocios y cuidados distraen, perturban y hacen olvidar hasta de sí mismo? San Fernando puesto en el trono de las Españas confunde y desvanece las excusas de los grandes y poderosos, y hace ver á todos: que la santidad es propia de todos los estados y condiciones, y que en medio de la opulencia y el poder, así como en la pobreza, en el sacerdocio y en los claustros, puede el cristiano, no solamente cumplir los deberes de su religión, sino ser perfecto, ejemplar y santo. Él, como los piadosos reyes del pueblo de Dios, se unió al Señor con toda su alma, con todo su corazón y con todas sus fuerzas; destruyó las abominaciones de la impiedad, persiguió á los enemigos del Señor y procuró con